BIBLIOGRAPHICAL SECTION

DOS OBRAS DE VIAJEROS NORTE-AMERICANOS TRADUCIDAS AL CASTELLANO

Los libros de viajes de norte-americanos que, más o menos generalmente, tratan de Chile no escasean, en verdad, en los tiempos que corren. El mérito que revisten, cualquiera que él sea, y que *ipso facto* puede aquilatarse por la preparación literaria de sus autores, por el conjunto de observaciones que contengan, por las miras que se hayan tenido en vista al escribirlos y por el conocimiento del castellano, base indispensable como condición de acierto para compenetrarse de las costumbres y modo de ser del pueblo que pretenden dar a conocer; son todos factores que contribuyen por mucho al mérito de esas obras, sin que, en el fondo,—a mi entender, al menos,—signifiquen otra cosa que la satisfacción de una vanidad personal, muy legítima, sin duda. Algún servicio, sin embargo, están destinados a prestar a nosotros los chilenos esos libros, aunque más no sea con las impresiones fugitivas de lo que vieron u observaron sus autores para darnos a conocer, así en simples rasgos, en esa gran nación, y alguno también para ella, siquiera como campo para el turismo que busca rincones apartados, y, acaso acaso, para mostrar la puerta abierta a especulaciones de negocios fáciles y ventajosos. . . . Ni es posible tampoco pedir más a gentes que gastan a lo sumo una semana en sus visitas, tiempo durante el cual pueden verse muchas cosas que . . . están a la vista, pero de ningún modo ese algo de la vida íntima, política o social, que sólo logra adquirirse en una permanencia prolongada y en el contacto diario de las personas. De ahí por qué, por lo general, tales obras no nos interesan.

No así las dos de que me propongo dar una ligera noticia, pues reunen las tres condiciones indispensables para ser consideradas y estimadas como de gran importancia, cuales son, la época en que fueron escritas, los hechos que relatan y la larga permanencia de sus autores en Chile, haciendo vida común con los habitantes del pais. Ya se deja comprender por esto sólo, que, tanto como su conocimiento resulta importante para los chilenos, aparecerá, quizás, en orden inverso para los norte-americanos. Sea como quiera, es necesario que allí se sepa el verdadero servicio que esos sus compatriotas prestaron a la historia de Chile al ocuparse, por la fuerza de las circunstancias y de los sucesos en que se

vieron envueltos, del período más interesante de nuestra vida nacional, cual fué el de la revolución de nuestra independencia. Y por mi parte, tanto lo he juzgado así, que he creído pagar una deuda de gratitud al verter esos libros al castellano, como dignos de que sean por todos aquí leídos y estimados.

Intitúlase el primero de esos libros, en términos abreviados, *Letters written during a residence of three years in Chile*, por Samuel B. Johnston, y fué impreso, en 1816, en el pueblo de Erie, del Estado de Pennsylvania, probablemente en tirada muy reducida, pues es sumamente escaso. Johnston partió de Nueva York a fines de julio de 1811, embarcado en la fragata mercante *Galloway*, en compañía de Guillermo Burbidge y de Simón Garrison, tipógrafos los tres, que debían tomar a su cargo en Santiago la imprenta encargada por el Gobierno revolucionario de Chile para servir de propaganda a las nuevas ideas. Todos ellos venían, al parecer, a la gruesa ventura y sin contrato alguno previo para el ejercicio de su arte en este entonces tan apartado país. La ilustración de que dió pruebas Johnston y otras varias circunstancias concurren a demostrar que fué él quien tuvo a su cargo la dirección del taller.

Después de una navegación de 122 días, la *Galloway* echaba sus anclas en Valparaíso el 21 de noviembre. El Gobierno, sabedor de la llegada de la imprenta y de los tipógrafos que deberían manejarla, se apresuró a dictar un decreto señalando a los tres el sueldo de mil pesos anuales, interesándoles además, en las utilidades de la empresa, si llegase a haberlas.

Bajo estas condiciones iniciaron sus tareas, cuya muestra inicial fué el prospecto de *La Aurora de Chile*, primer periódico que se publicaba en Chile, que comenzó a circular con extraordinarias manifestaciones de júbilo de todo el pueblo de Santiago el día 12 de Febrero del año inmediato siguiente de 1812. Continuaron sin interrupción en ellas los tipógrafos norte-americanos, hasta que el 4 de Julio, con motivo de la fiesta que se celebró en el Consulado de su nación para conmemorar el aniversario de la independencia de los Estados Unidos, después de las libaciones del día, en el baile que allí tuvo lugar en la noche, comenzaron a molestar a la concurrencia y se descomidieron con las señoras que a él asistían, y hubieron de ser sacados de la sala por orden del Cónsul Mr. Poinsett para ser conducidos por una escolta a cargo de un sargento a la casa en que posaban, que probablemente sería el mismo local de la imprenta. Profundamente irritados de tal desaire, en el camino insultaron a la guardia, la que hizo fuego sobre ellos y los que los acompanaban, entre quienes se contaban algunos oficiales chilenos, de lo que re-

sultó quedar ocho personas gravemente heridas, incluso Burbidge, que falleció cuatro días más tarde. Johnston y Garrison fueron presos y estuvieron arrestados hasta poco antes del 23, día en que *La Aurora* volvió a registrar al pie de sus columnas los nombres de ambos. Johnston en sus *Letters* apenas si trae una mención,—ya se comprenderá por qué,—de aquel memorable 4 de Julio celebrado por primera vez en Santiago y en el que se estrenó igualmente por los insurgentes el uso de la escarapela tricolor, símbolo de una nueva patria.

Continuó Johnston en sus tareas de impresor hasta la segunda mitad del mes de abril de 1813. Hacia el 22, se marchaba apresuradamente a Valparaíso. Dejaba, así, de la noche a la mañana, sus tranquilas labores de la imprenta, para convertirse, según sus palabras, en un hijo de Neptuno y "buscar renombre por el tronar de los cañones." Para tan extraña determinación habían influído seguramente varias circunstancias: veíase ya desligado de sus compromisos con el Gobierno por la expiración de su contrato; el provecho pecuniario que después de tan largo viaje como el que había hecho a un país extranjero y harto remoto y apartado de su patria y de diversa lengua que la suya, y de un trabajo constante de quince meses, le había resultado tan escaso, que sus economías apenas pasaban de un centenar de pesos; el Gobierno insurgente organizaba por esos días en Valparaíso una escuadrilla con la que se proponía cortar al enemigo vencido en tierra su retirada al Perú, campaña para la cual se ofrecía a los que se enrolasen en ella ventajas considerables, como eran, entre otras, la de que serían suyas las presas que hicieran, asegurándose al respecto en Santiago que las tripulaciones que se aprestaban para las naves que debían hacerse al mar, por lo menos la del *Colt*, estaban todas compuestas de ingleses y norte-americanos, lo que era ya una espectativa de éxito y buena compañía para él: obtuvo entonces su nombramiento de teniente de fragata, y con él en su cartera se presentó en Valparaíso. A su llegada allí, se encontró, con no poco descontento suyo, con que esa última información era errada; pero no era ya tiempo de arrepentirse y se embarcó en el *Colt*, de cuya dotación pasó a ser el único oficial con título despuès del capitán Mr. Edward Barnewall, hasta hallarse ya listos para partir el 26 de ese mes de abril.

El curioso lector hallará en el relato de Johnston en lo que paró aquella que podríamos llamar unar calaverada. Traicionados por virtud de un complot fraguado en tierra y que hubo de estallar a vista misma de las autoridades de Valparaíso, el 3 de mayo Johnston fué apresado,

logrando escapar milagrosamente de que lo matase un negro de los sublevados, para ser llevado junto con sus compañeros fieles al Gobierno, al Callao, adonde llegaron el 18 de aquel mes. Encerrados inmediatamente en los calabozos del fuerte de aquella plaza, se les siguió un proceso, que se creyó había de terminar por ahorcarlos a todos como auxiliares de rebeldes del Rey de España o de piratas; hasta que, después de cinco meses y trece días de cárcel, en cuyo tiempo estuvo varias veces en el hospital, el 13 de octubre recibió orden de embarcarse en el *Hope*, buque que debía dirigirse en derechura a Estados Unidos, según se aseguraba, y que se hizo a la vela al siguiente día. Pero, como era de esperarlo de la mucha gente que iba a bordo y de las pocas provisiones que cargaba, ese buque tuvo que recalar en Valparaíso, donde fondeaba el 6 de noviembre inmediato.

Johnston se dirigió bien pronto a Santiago. Había cambiado de nuevo de rumbo y se proponía ahora establecer en Chile una imprenta y una fábrica de papel, cuyas maquinarias pensaba adquirir en Europa. Cuándo podría hacer ese viaje no lo sabía, pero a fin de asegurarse, llegado el caso, el libre tránsito por los países entonces en guerra con su patria, solicitó y obtuvo en los términos más encomiásticos para él, carta de ciudadano de Chile. Sin ocupación, deseando poner en ejecución aquellos proyectos, que podrían labrar su fortuna en un porvenir más o menos cercano, y deseoso de volver a su casa, quiso lograr la ocasión que por esos días se le ofrecía para ello y que tan raras tenían que ser en aquellos tiempos, embarcándose en la fragata de guerra *Essex* de su país, que estaba al ancla en Valparaíso, y a ese propósito ofreció sus servicios al capitán David Porter, que la mandaba. Bien sabía que su ingreso en la tripulación de aquella nave no parecía exenta de peligros, y hasta de uno muy inmediato, pues no sólo su patria estaba en guerra con la Gran Bretaña, sino que en aquel puerto se hallaban fondeadas tres naves de esa nación, que obedecían al comodoro James Hillyar, y que asechaban el momento de combatir al buque americano, creyendo poderlo vencer fácilmente; y, más todavía, que por ciertas comunicaciones del marino inglés al Gobierno de Chile, de que por alguna rara circunstancia había podido imponerse, recelaba que se trataba de vencer sus escrúpulos para que se desentendiese de defender su neutralidad. Pero Johnston no trepidó, e interponiendo las influencias del cónsul Poinsett y del capitán Mascena Monson (antiguo dueño del *Colt*) obtuvo que Porter le admitiese a bordo con el grado de teniente de infantería de marina, y en ese carácter se embarcó en la *Essex* pocos días antes del 28 de marzo, célebre en los anales marítimos de aquella

época por el sangriento combate que a la vista de todo el pueblo de Valparaíso y de los campesinos de los alrededores que acudieron a presenciarlo desde los cerros que dominan la bahía, tuvo lugar entre la *Phoebe* y la *Essex*, que concluyó, después de dos horas de lucha, por la rendición de ésta, cuando ya casi toda su tripulación estaba muerta o herida y la nave desmantelada y ardiendo. ¡Sarcasmos del destino! ¡Aquel hombre de carácter dulce, que más de una vez había derramado lágrimas en su encierro del Callao, que había venido a Chile para ser elemento de luz y vida, figuraba ahora como actor en un episodio de destrucción, horror y muerte! Por fortuna para él, logró escapar ileso del cambate y sin más pérdida,—que otra cosa no tenía que perder,—que una parte de su diario, que le impidió más tarde señalar con precisión, y tuvo por eso que suplir de memoria, algunas de las fechas apuntadas en su última carta escrita antes de partir definitivamente de Chile.

Johnston hubo de permanecer todavía en Valparaíso un mes entero. De acuerdo con lo resuelto por Hillyar, los prisioneros sobrevivientes de la *Essex*, después de prestar su palabra de honor de no volver a tomar armas contra Inglaterra, fueron despachados a Estados Unidos a bordo de la *Essex Junior*, que se hizo al mar desde Valparaíso el 27 de abril.

Volvía Johnston al seno de los suyos después de una ausencia de tres años: allí en Erie, leyó, probablemente, sus apuntes de viaje a Mr. R. I. Curtis, dueño de la imprenta que había en el pueblo, quien, juzgándolos de interés, se ofreció a editarlos, si bien es de creer que para ello hubo necesidad, a fin de no hacer muy dispendiosa la impresión, de compendiar la redacción primitiva, dándole el autor, por efecto de un artificio literario, la forma de cartas a un supuesto amigo. Y hubo de mediar también otra supresión, hecha después de impreso el libro, pues, tal como apareció, resulta que le falta el prólogo o advertencia que debió de preceder a las *Letters*, en el cual el autor daría cuenta, seguramente, de los motivos de su viaje a Chile y del desempeño de sus tareas de impresor. Difícil sería acertar con los motivos de semejante supresión, que ha dejado el libro del regente de *La Aurora* destroncado y a los bibliógrafos ayunos de incidentes que habrían resultado interesantísimos para el conocimiento de los pañales del arte tipográfico en Chile. Así fué como, en el orden personal, diré, falta todo lo que a él toca, si se exceptúa la relación de su permanencia en los calabozos de las Casasmatas del Callao, que resulta por extremo minuciosa.

Pero, en cambio de lo que falta de datos personales en el libro de Johnston, es rico en detalles de otro orden. Era, a todas luces, hombre

de alguna ilustración, que deja traslucir en las reminiscencias que hace de poetas de su habla materna; estaba dotado de un espíritu sereno y observador, y casi siempre se manifiesta imparcial en sus juicios, imparcialidad que sólo le abandona al tratar de lo que llamaba manejos de Hillyar,—y ya se ve por qué,—de deprimir al Gobernador de Valparaíso, por la conducta tacaña y formalista que usó con él y sus compañeros de a bordo al negarse a satisfacerles los sueldos a que se creían con derecho, o de ensalzar a don José Miguel Carrera, el verdadero jefe por aquel entonces del país, a quien debió de estar reconocido por haber sido él quien le firmó su contrato para servir al Gobierno; sin que deje de ser verdadero al pintarnos al general y estadista chileno con su carácter impulsivo y resuelto y valiente más que todos para empujar, sin perdonar medios, un nuevo orden de cosas, pasando sobre añejas tradicones sociales y dogmas políticos arraigados por una dominación de tres siglos, que en esto estuvo su mérito y se basa su gloria; como hijo de otra raza y de muy diversa educación social a la que reinaba en el país, ha podido llamar la atención sobre lo que a él le chocaba, y de que un español o hispano-americano no se habría dado cuenta, consignando, por tal causa, costumbres y anécdotas que resultan hoy por extremo interesantes y sobre las cuales no debo aquí insistir, a no ser aquella, que vale por muchas, del percance ocurrido al convidado norte-americano que fué despedido por el dueño de casa por haber sostenido en una conversación durante la comida, que la independencia política no podría alcanzarse por entero sin proclamar a la vez la libertad de conciencia....

En el orden netamente histórico, sería también ocioso poner de manifiesto el valor de las informaciones que da sobre los incidentes de la empresa acometida por nuestra primera escuadra nacional, si asi puede llamarse, que eran hasta ahora punto menos que enteramente desconocidos. La seriedad con que procedía Johnston y el critierio que lo guiaba en sus informaciones se acredita con la inserción que hizo en su libro de varios documentos íntegros, alguno, en verdad, de gran importancia, cual fué el del primer reglamento constitucional de Chile.

Existen, sin duda, errores en algunas partes del relato de Johnston, procedentes de informaciones ajenas y que tocan a sucesos anteriores al tiempo en que vivió entre nosotros, que son fáciles de salvar para el medianamente instruído, y, por lo demás, de tan escasa monta, que en nada disminuyen el valor de sus restantes dictados, hijos que fueron, justo es reconocerlo, de un espíritu bien intencionado hacia la que había elegido por su segunda patria, que no habría de volver a ver, como se lo

imaginó, pues falleció, posiblemente en el pueblo de su vecindad, el 19 de mayo de 1820.[1]

En el mismo año y, acaso, en los mismos días en que salía a la luz pública en Erie el libro de Johnston, llegaba a Talcaguano, en fines de agosto de 1817, un joven norte-americano llamado J. F. Coffin. Embarcado en el bergantín *Canton*, despachado a Chile con un cargamento de fusiles y paños militares, sin duda destinado a ser vendido a los patriotas de este país, y confiscado el buque por las autoridades realistas luego de su arribo a aquel puerto, Coffin fué detenido en calidad de preso y hubo de permanecer en la provincia de Concepción hasta que esta ciudad fué ocupada por las tropas del general chileno don Ramón Freire, en Febrero de 1819.

Durante su permanencia en el sur de Chile, Coffin fué consignando en una especie de diario lo que pudo presenciar como testigo de vista, agregando a los datos de cosecha propia otros de que pudo ser informado por testimonios ajenos, comunicándolos a sus amigos de Estados Unidos, que publicaron esas impresiones, cuando el autor permanecía aún en Chile, con el título de *Journal of a residence in Chili*, en Boston, en 1823, aunque callando el nombre de Coffin.[2] Escrito por un joven de alguna ilustración, pero sin la suficiente cultura literaria, el estilo del libro se resiente de poco correcto, si bien hay que disculparle en parte tal pecadillo literario, pues sus notas las destinaba a ser leídas por los amigos que dejara en Estados Unidos y no para la prensa. Esta circunstancia, que perjudica a la forma externa de la obra, ofrece, en cambio, para

[1] Obtuve este dato del Navy Department de Washington, merced a la bondad de mi distinguido amigo el profesor William R. Shepherd, de la Columbia University, que se sirvió solicitarlo a instancias mías.

Deseoso de adelantar en cuanto me fuera posible los datos biográficos de Johnston y en vista de lo que expresaba en su libro de haber confesado con verdad la fecha y lugar de su nacimiento cuando fué llamado a parecer ante el Consejo de Guerra que se siguió en el Callao a los tripulantes de la *Perla* y el *Potrillo* (*Colt*), solicité de mi amigo don Pedro Torres Lanzas, dignísimo jefe del Archivo de Indias en Sevilla, que indagase si existía allí aquel expediente y me enviase copia de la declaración de Johnston. En su respuesta me dice que, desgraciadamente, no se ha encontrado el proceso.

[2] Que éste fuera el autor del libro lo manifestó Sabin en su *Dictionary*, t. IV, p. 209: dato que he podido comprobar en un expediente que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago, en el que constan, en efecto, las gestiones hechas en Lima, por Francisco Coffin, años más tarde de su llegada a Chile, para que se le pagase el cargamento del *Canton*; y se comprueba, ademas, con la firma de la dedicatoria en el ejemplar que he tenido a la vista, dirigida a don Enrique Hill, bostonense como él, que por aquel tiempo vivía entre nosotros.

nosotros la ventaja de que así podemos soprender observaciones del autor expresadas como las sentía, sin ambajes ni reticencias.

Sería ocioso que pretendiera poner de relieve los errores en que Coffin ha podido incurrir al relatar algunos sucesos históricos de mi país en aquella época acontecidos: son éstos demasiado conocidos de los chilenos para que pudiera verme en el caso de rectificarlos, y no interesan, naturalmente, a los norte-americanos. El valor del libro no estriba tampoco en eso, ya que debe deducirse por entero de las observaciones consignadas por el autor respecto de los hombres y de las cosas, tan nuevas para èl, dentro de cuya esfera se desarrollaron aquellos sucesos, o, lo que tanto vale, en este cuadro lo que atrae, no es lo acabado de los detalles, sino el conjunto mismo.

¿Hasta qué punto, sin embargo, son exactas esas observaciones? El lector sin prejuicios puede convencerse muy luego de que nuestros abuelos, en general son tratados a veces con dureza, y sin duda, con mucho más, el elemento femenino de la provincia de Concepción, única del país a que se extienden las notas del joven norte-americano. Está demás decir que el autor no tenía interés alguno en alterar la verdad y que si se ha equivocado ha sido por su inexperiencia de las cosas—¡se cambia tanto con los años y el conocimiento de los hombres!—; por su condición de extranjero, que no le permitía, quizás, a veces, interpretarlas correctamente; en parte, por su no cabal conocimiento del idioma castellano, y, en parte también, como hombre de otra raza, educado en cierto ambiente muy diverso al que aquí hallaba, y colocado por las circunstancias en un centro del todo extraño de aquel en que como por encanto se vió trasportado de la noche a la manana. Con todo, por más triste que aparezca la pintura que Coffin hace de las costumbres y estado social de una provincia chilena, ella encuentra su compensación al comtemplar hoy los inmensos adelantos realizados en la vía del progreso, y para admirar también más los esfuerzos de los próceres chilenos al llevar a término con tan mezquinos elementos como los de que dispusieron el triunfo de la independencia de la nación.

Sea comoquiera, el hecho innegable es que el libro de Coffin hay que considerarlo como un testimonio de valor, sino el único, que hasta ahora se conozca sobre la vida íntima de los habitantes de una gran parte de Chile en aquel entonces; sobre cómo pensaban nuestros abuelos en las cuestiones trascendentales de la epopeya que vino a constituírnos en país libre y soberano; sobre los sufrimientos experimentados por las familias en aquella época de profundos trastornos políticos; sobre el estado de las artes y de la agricultura; sobre la instrucción del pueblo,

las creencias religiosas y hábitos políticos, y, aun a veces, en el relato de detalles e incidencias de sucesos históricos de gran importancia, que no es posible encontrar en los documentos. Es de lamentar, por todo esto, que en virtud de circunstancias que desconocemos, Coffin no realizase al fin el proyecto que por aquel entonces parece abrigaba de escribir y dar a luz un trabajo mucho más extenso sobre los países de la América del Sur que había visitado.

J. T. MEDINA.

Santiago de Chile, 18 de julio de 1917.

NOTES

Biblioteca Argentina; publicación mensual de los mejores libros nacionales. Director: Ricardo Rojas. Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán.

"La Cultura Argentina"; ediciones de obras nacionales, dirigidas por el Dr. José Ingenieros. Avenida de Mayo 646, Buenos Aires.

The two collections above mentioned are important to students of Argentine history and culture, containing, as each does, the classics of Argentine literature. The names of the editors are a sufficient guarantee of the critical and scholarly character of the editorial work; and, as the objective is culture instead of profit, the prices are very reasonable. The first twelve numbers of the Biblioteca Argentina are: Moreno, *Doctrina democrática;* Echevarría, *Dogma socialista;* Alberde, *Bases;* Sarmiento, *Educación popular;* Avellaneda, *Tierras públicas;* Cruz Varela, *Tragedias;* Monteagudo, *Obras políticas;* Mitre, *Comprobaciones históricas;* Alberdi, *Luz del dia;* Tejeda, *El peregrino en Babilonia;* Gorriti, *Reflexiones;* Sarmiento, *Facundo.* Among the issues of "La Cultura Argentina" may be mentioned: Moreno, *Escritos políticos y económicos;* Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas;* Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres;* Echeverría, *Dogma socialista y plan económico;* Andrade, *Poesias completas;* Alberdi, *El crimen de la guerra;* Alvarez, *¿A donde vamos?*